

EGIPTO Y PERU PREHISPANICO

A Nicanor Mujica Alvarez Calderón.

Podemos divisar en el perfil general de la cultura incaica rasgos de semejanza con la vida colectiva del Viejo Egipto. Naturalmente que esto no implica estar persuadido de que fueron entidades análogas. Solo concibiéndolas como hechos distintos producidos en ambientes especiales y lustros distintos es como tienen mayor interés algunas (1) de las afinidades visibles que las emparentan.

En primer lugar el recinto de ambas civilizaciones fué el valle. Geográficamente además los dos pueblos tuvieron las vecindades de arenales infecundos y estuvieron forzados a manejar el agua con limitaciones. Por eso la mirada de los dirigentes y el cuidado popular se movilizó siempre hacia el agua, elemento insustituible y primordial. Y porque hubo que vigilarla, domesticarla y hacerla rendir máximos efectos, el aprovechamiento de las corrientes y los ríos, la técnica del riego y las operaciones hidráulicas alcanzaron un progreso sorprendente.

En el aspecto económico hay concordancias. Respecto de la agricultura sabemos sin vacilaciones de ninguna clase, después de los estudios de Baudin, que el Estado Peruano no consintió en el ámbito que controlaba, el imperio de la propiedad personal. En Egipto la tierra fué posesión privada únicamente en un 20% y como acá el Gobierno fué centralista, absorbente, henchido de poderes supremos. Una nube de funcionarios asesoró el manejo de esos complejos y dilatados organismos estatales. El escriba y el orejón eran los grandes personajes burocráticos. El afán de los que ocupaban cargos públicos se orientó hacia la estadística, el cálculo regulador, la contabilidad impecable. En el vértice del Estado, indiscutidos, ceñidos con el prestigio del Sol, el Faraón y el Inka capitaneaban a los civiles, a los guerreros y a los hombres del culto. Una brillante suntuosidad les envolvía y envolvía también a la corte numerosa y aulica. En el aspecto estatal como síntesis podemos decir: control persistente, centralización, teocracia, burocratismo, primado de la propiedad colectivizada, soberanía sin restricciones.

Socialmente consideradas el Inkario y el Egipto fueron civilizaciones de grandes masas. El alzamiento de las Pirámides, los máximos jeroglíficos egipcios, como el aprovechamiento del Nilo, como los templos, los andenes y los caminos inkaicos no

(1)—El vocablo algunas debe entenderse en su más estricto sentido. He querido, aprovechando del entusiasmo producido en el Curso de Historia Antigua por el estudio del Egipto (Mayo 1933) publicar este apunte suscinto. Soy el primero en darme cuenta de que una investigación prolongada del asunto podría proporcionarme una nueva afluencia de similitudes.

pueden ser explicados sino con el concurso de enormes multitudes laboriosas. Y por eso no es extraño que ambas tierras sobre lo individual gravitara, persistentemente, la supremacía del grupo y reinara lo que José Ortega y Gasset en un ensayo sobre el ocaso de las revoluciones en nuestro tiempo ha llamado "mentalidad tradicionalista". Donde el Estado era un ser de atribuciones cuantiosas se concibe que el derecho individual estuviera severamente recortado. La hegemonía de la aglomeración ocasionó el anonimato. Y como consecuencia de este rasgo son pocas las personalidades sobresalientes, claramente descollantes que cruzaron el recinto de estas culturas esfumadas. En las zonas del Arte la penuria de nombres es indudable. Esto no quiere decir que no existieran el sabio, el maestro, el capitán, el creador de belleza, en suma, lo que la historiografía moderna denomina grande hombre y cuya aparición y esencia constituyen un misterio difícil de desentrañar. Un largo camino de cencurias nos separa del momento en que Inkas y egipcios vivieron su hora adulta. De aquí podría aducirse que el hundimiento de las figuras individualizadas es obra de la distancia cronológica. Los nombres, se dirá, han naufragado en la corriente de los siglos transcurrido. Tal vez. Pero porque no ha sucedido eso con las obras? Nos quedan tejidos y adornos, joyas y grabados y desconocemos el nombre de sus autores. Por eso es mejor considerar que semblantes particulares no pudieron abrirse paso en organizaciones que vivían bajo un imperativo implacable de uniformidad. El valor individual era leve y carecía de resonancias profundas. El núcleo social, poblado, lo anegaba todo. En el Perú, desde luego, esta característica fué más intensa.

Las cualidades psicológicas de los dos pueblos, aquí superficialmente comparados, presentan analogías visibles. Una corriente de suavidad y sumisión se cierne sobre la historia egipcia y la historia incásica. Las actitudes broncas, las protestas, el tono levantisco y rebelde no prevalecieron. Esta resignación fué quizá producto geográfico. En la cultura del Egipto y en la Vieja Cultura peruana el campo primó sobre la ciudad. Apesar de que las ceremonias religiosas, la sabiduría, y el progreso florecieron dentro de los marcos urbanos, el manantial, el sustento de la vida general estuvo en las faenas agrícolas. Y porque el campo dió el aporte mayor la mentalidad por él condicionada tuvo influjo preponderante. Se ha dicho que labriego quiere decir: docilidad, imperio del hábito, recogimiento en lo cotidiano, gravitación hacia el pasado. Todos estos rasgos habitaron la psicología egipcia e incásica y es natural que así pasara. El hombre que se gasta en la labranza del suelo depende abrumadoramente de agentes cósmicos insujetables, abusivamente superiores a su deseo y su esfuerzo. Frente al agua, al grano, al viento y a la tierra no cabe sino la resignación. Son elementos que actúan libérrimamente y que el hombre no puede domar sobre todo en las épocas rudimentarias. El hombre de los comienzos de la historia es únicamente un súbdito del paisaje tan sólo.

Lo lógico es entonces aclimatarse en el ejercicio de una radical pasividad y desecar actitudes de rebelión. Insistiendo en esto puede interpretarse con mayor claridad la línea de sumisión que hay a lo largo de la historia egipcia e incaica. Sumisión frente a la historia presente, es decir, docilidad y sumisión frente a la historia pasada, es decir, tradicionalismo.

Fueron también colectividades altamente religiosas. Su apego a las divinidades fué estrecho y sin decaimientos y rindieron a los muertos un culto piadoso y emo-

cionante. Eran momificadores consumados y consiguieron que a la hora de la muerte, siguiera viviendo el cuerpo desfallecido. Sumían amorosamente en la tierra en medio de sus utensilios más empleados y sus objetos íntimos, proporcionaban todos los enseres necesarios para la gran peregrinación ultraterrestre.

Por último es necesario decir algo sobre el epílogo de estas dos sociedades. Epílogo de tristeza semejante. A orillas del Nilo a través de todas las invasiones ulteriores, la raza egipcia que un día tuvo en sus manos la más remota cultura del planeta, subsiste hoy día sin grandes alteraciones. Aquí en el Perú el soporte antropológico de la estructura inkaica pervive también pese a los estragos sobrevenidos. Sin embargo el alma histórica, la cultura de las dos comunidades étnicas, se ha ido, se ha evaporado dejándolas como cuerpos yacentes, privados de vida.

Carlos Pareja Paz Soldán.

DETRACTORES Y VIRTUOSOS DE LA MATEMÁTICA

Ha merecido un prolijo estudio de los hombres que se dedican a la enseñanza, el hecho de existir personas de espectable figuración o de reconocido talento que sienten profunda aversión por la Matemática. El año 217 antes de la Era Cristiana, un emperador de la China hizo quemar los libros de Geometría y Aritmética existentes en sus dominios y mandó enterrar vivos a todos los matemáticos del Imperio. En los últimos tiempos para no citar otros, Schopenhauer, el célebre filósofo, increpó a Dante por haber olvidado consignar en su Infierno el suplicio de aprender de memoria las treintidos primeras proposiciones de Euclides.

Debemos a Pawlow la aplicación del fenómeno. Este viejo fisiólogo ruso, vivo aún, ha pasado gran parte de su vida enseñando geometría a los perros. Mostrándoles, al darles de comer, un círculo luminoso, y una elipse al aplicarle una corriente eléctrica, logró que los canes distinguieran estas dos figuras. Disminuyendo, día a día, la excentricidad de la elipse, perturbó de tal modo su mente que después de varios engaños los perros huían despavoridos ante las figuras que se les mostraban. Se embrutecieron hasta hacer inútil e imposible la repetición del aprendizaje.

No cabe duda que los métodos pedagógicos tienen en gran parte la culpa de esta animadversión por las Ciencias Exactas. Existen, tal vez, mentes inadaptables al raciocinio matemático, muy raras sin duda, pero la mayor parte de sus detractores son productos de una mala enseñanza.

En la antigüedad los problemas eran un entrenamiento de paciencia más que de lógica. Arquímedes se propuso averiguar el número de granos de arena existentes en